

Entre la historia global y las historias nacionales.

Entrevista a María Dolores Béjar

Por María José Valdez*

María Dolores Béjar es actualmente Profesora de Historia Contemporánea en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es también Doctora en Historia por la misma casa de estudios. A su vez desempeña tareas docentes en la Maestría de Ciencias Sociales y Políticas de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y es miembro del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la UNLP. Sus líneas de investigación se han desarrollado dentro del campo de la historia política argentina en las primeras décadas del siglo XX. Además de numerosos artículos publicados en revistas académicas, es autora de *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires* (Siglo XXI, 2005); *Historia del siglo XX. Europa, América, Asia, África y Oceanía* (Siglo XXI, 2011). Además es coordinadora y autora de *Carpetas Docentes. Historia del mundo contemporáneo*, proyecto de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP (<http://www.carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/>).

¿Cómo abordar el estudio de las historias nacionales en un contexto caracterizado por la globalización? ¿Cómo comprender el derrotero de la historia contemporánea, sus transformaciones y el impacto que los procesos mundiales tiene en los diversos Estados-nación?

Algunas de estas preocupaciones –presentes entre los historiadores– se manifiestan agudamente en dos libros editados en 2011, que desde perspectivas diferentes avanzan sobre estas cuestiones. El primero de ellos fue el libro de María Dolores Béjar, *Historia del siglo XX* (Siglo XXI); el segundo, la obra de Thomas Bender, *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones* (Siglo XXI). En el trabajo de Béjar se plantean las grandes líneas, los “hilos entrecruzados” por los que países centrales y periferia se han vinculado

* Profesora de Enseñanza Media y Superior en Historia por la Universidad de Buenos Aires, docente de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras por la misma casa de estudios y de la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín. Miembro del Centro de Estudios de Historia Política (CEHP-UNSAM), en donde integra el proyecto de investigación “La imagen de América Latina en el pensamiento político argentino durante la primera mitad del siglo XX” y el Proyecto PICT “Estado, política y sociedad en Argentina, 1852-1955”. Doctoranda de la UBA. Actualmente desarrolla su investigación sobre prácticas electorales en la ciudad de Buenos Aires entre 1890 y 1946.

desde la llamada era del imperialismo hasta la actualidad. Por su parte, Bender aborda de una manera novedosa el estudio de la historia estadounidense, insertándola en un marco mundial e intentando derrumbar el mito de la “excepcionalidad” de los Estados Unidos.

Así, la historia nacional, la historia mundial y los vasos comunicantes existentes entre ellas, nutren algunas de las preocupaciones que la entrevista realizada a María Dolores Béjar intenta desentrañar para entender las particularidades de los retos planteados a los historiadores por la investigación y la enseñanza de la historia.

María José Valdez (MJV): En la introducción de su libro *Historia del siglo XX* usted plantea que una de las preocupaciones que ha guiado la investigación ha sido su vocación docente. ¿Cómo piensa que es posible articular dicha vocación con una investigación de semejantes características?

María Dolores Béjar (MDB): Desde que comencé a dar clases, hace más de 30 años, sentí la necesidad de abordar la historia atendiendo al *relato* de cómo sucedió lo ya vivido y, simultáneamente, como una vía para organizar la lectura de la(s) sociedad(es) en el pasado y en el presente. De ahí que la vinculación entre investigación y docencia hayan sido muy estrechas a lo largo de mi vida.

Cuando elaboré la tesis de doctorado, el momento en el que más definitivamente me embarqué en la investigación, me producía un gran placer *descubrir* posibles caminos y prácticas para llevar al aula y que contribuyesen a generar esa capacidad que me parece decisiva para la autonomía y la creatividad de toda persona: cómo interrogar a la realidad que nos rodea y cómo comparar las explicaciones que se nos brinda sobre la misma de modo tal que podamos ofrecer nuestros propios argumentos sin temer al debate.

En este libro intenté combinar ambas dimensiones. Por un lado, la construcción de un cuadro del mundo contemporáneo basado en los trabajos de investigadores que han analizado los procesos claves de esta época y por otro un texto que busca suscitar interrogantes en torno a cambios y continuidades, relaciones entre las distintas dimensiones de la vida social y la coexistencia de diferentes trayectorias históricas en un mismo tiempo y en distintos espacios.

MJV: Una cuestión que aparece marcada en su trabajo (al igual que en el resto de la colección y que en la actualidad está en debate entre los historiadores) es la necesidad de buscar los vasos comunicantes entre la investigación y la divulgación. ¿De qué manera considera que es posible articular ambas esferas sin perder “rigurosidad académica”?

MDB: Creo que los textos que escribimos para que circulen y sean discutidos en el ámbito académico se ajustan a pautas que son bastante diferentes a las que utilizamos para aquellos que deseamos sean leídos por un público más vasto y heterogéneo. No obstante, existen núcleos básicos que son comunes a ambos. Y esto remite a lo que decía antes respecto al tipo de mirada propuesta para comprender la trayectoria histórica. Tanto en mis clases como en los diferentes trabajos de divulgación que he escrito, presto especial atención a algunos criterios que considero centrales de la historia como disciplina. Por un lado, la idea de que nunca hay causas y efectos. Lo que sucede es siempre resultado de una combinación de factores (políticos, económicos, ideológicos, culturales, etc.) cuyas interrelaciones no son fijas ni están predeterminadas, hay que reconstruirlas en cada proceso histórico particular. Por otro, que las decisiones y las acciones de los actores sociales (ya sean conscientes y con fines definidos o ambiguas o bien las de quienes se quedan al margen) deben reconstruirse en relación con el contexto de larga data y con las circunstancias inmediatas a las que casi siempre los

contemporáneos conocen parcialmente, que los condicionan en lo que deciden y hacen y que muchas veces dan lugar a resultados muy diferentes a los buscados.

MJV: Tradicionalmente, las historias del siglo XX han centrado su atención en lo ocurrido en Europa, los Estados Unidos y, luego de 1945, los bloques liderados por las llamadas “superpotencias”. En el caso particular de su trabajo hay una intención manifiesta de centrar también la mirada en los casos de los comúnmente llamados “países del Tercer Mundo”. ¿En qué medida esto se vincula con los cambios que se han operado al nivel global en las últimas décadas?

M.D.B.: Me parece que conocemos muchas más historias sobre Europa y Estados Unidos que del resto de los países que fueron sus colonias, excepto el caso de América Latina. Como también conocemos más historias sobre Rusia que del resto de los países que formaron parte del bloque soviético. O sea que los distintos desarrollos historiográficos nacionales y regionales, junto con los diferentes grados de contacto que tenemos con los mismos, nos dificulta contar con piezas del mismo grado de consistencia a la hora de armar el rompecabezas de una historia contemporánea de alcance mundial.

Además, el registro y el tratamiento articulado de diferentes regiones encuentran otro obstáculo en los sucesivos cambios operados en la configuración espacial de la historia mundial contemporánea cuyo inicio ubico en la era del imperialismo en el último cuarto del siglo XIX. En ese tiempo nos encontramos básicamente con dos grandes regiones: la de los Estados nacionales capitalistas (un recorte que engloba países con destacadas similitudes junto a otros con fuertes diferencias) y por otro lado el mundo colonial. Después de la Guerra Mundial a estas dos zonas se le suma el área comunista: la URSS (Rusia más sus ex colonias que en la época del zarismo tuvieron un estatuto diferente al de las colonias europeas). El Tercer Mundo que mencionás recién emerge en la segunda posguerra y surge como un espacio heterogéneo, cargado de ambigüedades, que se desintegra en el marco de la crisis global. Una crisis que a partir de la década de 1970 corroe en el mundo capitalista central, en el ámbito comunista y en el Tercer Mundo los principios claves en los que se basaron los “años dorados” (1945-1968/1973). A lo largo de la crisis global también se desmorona el bloque soviético, otro de los espacios registrados para organizar la lectura del mundo contemporáneo a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial. En el presente visualizamos un mundo capitalista y un capitalismo globalizado que dista de ser homogéneo y recurrimos a conceptos ambiguos porque aún no sabemos bien qué emerge en medio de lo que se derrumba.

No obstante, quienes han encarado la interpretación de la historia contemporánea no han dejado de proponer la existencia de diferentes espacios que, como se trabaja con un período que no es acabadamente pasado y está aún siendo proceso, cambian en su integración y en la significación que se les confiere según el momento en el que aborde el estudio de la historia contemporánea. Como ejemplo sobre esto que digo, es muy ilustrativo comparar el tratamiento de las distintas áreas del mundo por parte de Geoffrey Barraclough en su *Introducción a la Historia Contemporánea* escrita a mediados de la década de 1960 con la *Historia del Siglo XX* de Eric Hobsbawm publicada treinta años después.

Creo que es desde la era del imperialismo y no a partir del reconocimiento más reciente de la globalización cuando la labor de los historiadores requiere de una perspectiva mundial. Y esto porque las sociedades se entrelazan más acabadamente sin perder por ello sus especificidades y sin que esta afirmación implique negar la posibilidad de los recortes.

MJV: En función de lo anterior, una de las dificultades que parece presentarse a quienes abordan la cuestión de escribir una “historia nacional” en el siglo XX es la necesidad de prestar atención a los cambios ocurridos a nivel mundial. Por ejemplo, en 2011 fue publicado en castellano el libro de Thomas Bender *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*. En él, Bender destaca la naturaleza transnacional de las historias nacionales y rechaza el espacio territorial de la nación como contexto suficiente para escribir una historia nacional. ¿Qué le parece esta perspectiva? ¿Cómo considera que pueden articularse ambas esferas?

MDB: La historia que escribimos siempre es resultado de recortes derivados del interrogante, del objetivo que le da sentido y en gran medida organiza nuestro trabajo. Esta cuestión del recorte es inevitable, afecta a todos los aspectos de la vida social y se entrelaza con el desafío de no perder de vista las conexiones más significativas entre la dimensión o bien el espacio seleccionado y lo que queda fuera. A lo que apunto con esto es que no hay *una* historia nacional inscrita en la historia mundial. Hubo y hay historias sin Estados nacionales e historias nacionales funcionales a la creación de los Estados-nación. Con esto quiero decir que la historia nacional es en parte producto de la propia dinámica histórica y que siempre se ha articulado con dimensiones menores hacia abajo y dimensiones mayores hacia arriba. El Estado-nación es un producto histórico, o sea resultado de una construcción que ha ocupado y ocupa una fracción del tiempo histórico y que además engloba, en unos casos mucho más dramáticamente que en otros, entramados sociales, culturales y económicos muy diferentes y ocupando posiciones muy desiguales.

La historia nacional articula siempre procesos que están fuera y dentro de las fronteras geográficas del Estado nación, que a su vez no son fijas ni acabadamente definidas. Basta recorrer el mapa europeo entre principios del siglo XX y hoy para darnos cuenta de la condición decididamente histórica del Estado nacional, o sea el carácter en cierto sentido circunstancial de lo que denominamos “historia nacional” que no deriva en absoluto de la existencia, como pretende la vertiente esencialista del nacionalismo, de rasgos y factores acabadamente compartidos por quienes conviven en un mismo Estado.

Uno de los desafíos, entre varios, que me ha quedado pendiente después de terminar el libro es el de los criterios para registrar espacios significativos para avanzar en la comprensión del mundo actual. Y esto por dos razones principales. En primer lugar, por el hiato que existe entre la esfera política, en la que el Estado nacional es aún un actor central, y la configuración de una economía global que, asociada con los nuevos medios de comunicación, entrelazan diferentes partes del mundo. En algunos casos en forma más estrecha que a diferentes regiones de una nación. En segundo lugar, en virtud de que la concepción de historia nacional que portamos, basada en muchos sentidos en la trayectoria de Europa occidental, no es trasladable a otras culturas y escenarios históricos en los que la construcción del Estado nacional está marcada por procesos diferentes. Por ejemplo, el ex mundo colonial, aunque a éste también es preciso no tomarlo como un todo homogéneo tanto en virtud de las diferentes experiencias coloniales como en relación con las historias previas a la dominación metropolitana. A modo de ejemplo, en el caso de Asia encontramos que la expansión imperialista dio lugar, entre otras, a tres trayectorias muy diferentes. Por una parte, el imperio mogol se derrumbó, pasó a ser la más importante colonia de Londres y en el momento de la independencia este territorio se dividió en dos Estados nacionales, la India y Pakistán, que mantienen una intensa y prolongada conflictividad. En el caso de China, el imperio quedó en un estado de dependencia muy alto respecto a las grandes potencias pero sin caer en la condición de colonia e ingresó en un largo período de anarquía, guerras internas y la invasión japonesa de la que recién salió con el triunfo del comunismo en la segunda posguerra. En cambio Japón, que también sufrió la imposición de condiciones económicas bajo la amenaza de los cañones estadounidenses, efectuó una drástica transformación interna que le permitió posicionarse como una potencia marítima a principios del siglo XX.

MJV: Cierto es, como usted bien señala, que la historia y, por ende, las historias nacionales, son el resultado de recortes e interrogantes. Y que además la historia nacional –cualquiera sea de la que se trate- articula procesos diversos, tanto externos como internos a las fronteras geográficas del Estado nación. Ahora bien, ¿qué ocurre, al respecto, con la cuestión de la periodización a la hora de pensar cualquier historia nacional? Se lo pregunto pensando en función de esta idea del carácter transnacional de las historias nacionales...

MDB: También las periodizaciones, derivadas del modo en que registramos la articulación entre los cambios y las continuidades, son cambiantes. Y esto en relación con la dimensión social que privilegiemos o bien con los espacios o lapsos de tiempo que recortemos en nuestro trabajo. En distintos trabajos sobre una misma historia nacional es factible que se propongan diferentes etapas. En algunos casos, estas discrepancias remiten a la esfera en la que se centra el análisis -la política, la economía, las ideas o alguna otra-. Y en otros resultan del debate en torno a cuáles son y por qué razones los cambios significativos que marcan un antes y un después en la trayectoria histórica.

En mi trabajo, la primera y nada sencilla decisión fue la de dar respuesta al interrogante ¿cuándo comienza la historia del mundo actual? En el momento en que nació este proyecto ya existía una definición con amplio consenso: la Primera Guerra Mundial inauguraba el *corto siglo veinte*, según la propuesta del historiador Eric Hobsbawm. Sin embargo, en las aulas siempre había recurrido a la era del imperialismo para explicar el mundo contemporáneo y con mayor convencimiento a medida que se desplegaba la globalización. Y esto en virtud de que, aunque reconozco el profundo quiebre que significó “la guerra total” (1914-1918) en la historia de Occidente, para una historia mundial considero que la expansión de los países capitalistas metropolitanos, su avance sangriento y transformador hacia el resto del mundo, son experiencias que ofrecen claves insoslayables para entender el presente.

La segunda decisión remite a la organización del espacio. Aquí acabé adoptando agrupamientos “didácticos” sin perder de vista que los grupos de países y regiones propuestos (los países capitalistas, el mundo colonial, luego Tercer Mundo y el área comunista) no pueden reconocerse en todos los momentos de la historia contemporánea debido a las hondas transformaciones del mundo actual.

El análisis de estos tres espacios históricos ha sido organizado en cinco grandes períodos: la era del imperio y su derrumbe (1873 -1914/1918); la crisis del liberalismo y del capitalismo y la consolidación del régimen soviético (1918-1939/1945); los años dorados en el marco de la guerra fría (1945-1968/1973); la crisis del capitalismo y la disolución del bloque soviético en el mundo bipolar (1973/1979-1989); y por último, entre lo que se derrumba y lo que emerge, la globalización neoliberal (1989/1991- 2010).

En cada uno de estos momentos se caracterizan los diferentes grupos de países y regiones y se precisan sus relaciones. El pasaje de un período a otro se basa en la identificación de una serie de cambios significativos en diferentes dimensiones, principalmente la política, la economía y las relaciones internacionales. La trayectoria de los países capitalistas desarrollados fue el referente principal de esta organización temporal. De ahí que la misma esté connotada por cierto grado de ambigüedad y tensiones cuando se incluye al resto del mundo.

MJV: Para finalizar, me surgen un conjunto de inquietudes. La primera de ellas, a la luz tanto de su libro como del de Bender, es sobre el futuro de las historias nacionales y, al mismo tiempo, el de las historias globales. La segunda se vincula directamente con lo anterior. ¿Qué impacto imagina esto tendrá en la formación de los historiadores? ¿Qué desafíos le parece que implica?

MDB: Sabemos que estamos viviendo un tiempo de hondas transformaciones en el que, como señalé antes, está más claro lo que se derrumba que lo que emerge. Una situación registrada en el lenguaje a través de la proliferación del prefijo *pos*: posindustrial, posmodernidad, posguerra fría, entre otros. Los desafíos de este tiempo son inmensos. Cito algunos a modo de ejemplo: cómo se procesarán las tensiones entre, por un lado, una economía global en la que los servicios para la producción y las finanzas ocupan un lugar clave asociadas a la informática y las telecomunicaciones y por otro la escena política aún centrada en el Estado nacional. Otro desafío es de qué manera se gestionará la relación con el medio ambiente que, a pesar de todos los sólidos llamados de atención, continúa siendo depredado en forma casi suicida. También hasta cuándo se prolongará la hegemonía de Estados Unidos, fundada básicamente en su enorme y sangriento poder militar teniendo en cuenta que en gran medida se reproduce por la ausencia de otros poderes que le pongan freno. Quiénes y a través de qué vías ofrecerán una sólida resistencia y esgrimirán nuevas alternativas respecto a la honda fractura de las sociedades en las que una minoría detenta grados de riqueza casi inimaginables al mismo tiempo que enormes sectores han quedado totalmente excluidos sin trabajo, sin vivienda, sin los bienes básicos para una vida digna.

La crisis global a partir de la década de 1970 afectó al capitalismo central, al Tercer Mundo y al comunismo. En los años noventa muchos anunciaron la consolidación de un nuevo y venturoso orden en virtud de la caída del comunismo y el acabado predominio del capitalismo neoliberal. Este diagnóstico duró poco tiempo porque la economía no deja de caer en brutales recesiones, porque la vida social es muy injusta y desigual en todos los países del mundo y porque las grandes potencias, especialmente Estados Unidos, han impuesto la ley del más fuerte en el plano internacional al invadir y masacrar a otros pueblos.

Respecto a qué tipo de historia escribiremos, no puedo ir mucho más allá de esta identificación de algunos trazos claves de nuestro tiempo a partir de los cuales queda en evidencia el vaciamiento, la pérdida de significado de gran parte de los conceptos y principios desde los que hemos observado a las sociedades contemporáneas.